Embajadores Que Nadie Vio

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***

Dice 2 Corintios 5: 20 = *Así* ***que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.*** Hay palabras en la Biblia que deberían estremecer el corazón de cualquier creyente. Palabras que no fueron escritas para adornar sermones ni para decorar paredes de templos, sino para transformar completamente la manera en que vivimos. Y una de esas palabras es esta: **embajadores.** Pablo no dijo que éramos simpatizantes del Reino. No dijo que éramos admiradores de Cristo. No dijo que éramos asistentes de una congregación o miembros de una institución religiosa. Dijo algo infinitamente más profundo, más elevado y más comprometedor: **somos embajadores en nombre de Cristo.** Eso cambia absolutamente todo. Porque un embajador no vive para sí mismo. Un embajador no habla por sí mismo. Un embajador no representa sus emociones, sus caprichos, sus opiniones personales ni sus intereses particulares. Un embajador representa oficialmente a un gobierno. Lleva sobre sus hombros el peso de una nación. Cada palabra que pronuncia tiene implicancias diplomáticas. Cada acción que realiza compromete al país que lo envió. Y eso es exactamente lo que ocurre con nosotros. La Iglesia no fue llamada a entretenerse mientras espera el cielo. La Iglesia fue enviada a representar el Reino de los Cielos en medio de una tierra caída, confundida y rebelde contra Dios. Nosotros somos embajadores de Cristo. Primer detalle importante: **Un embajador no se elige por voto popular** Cuando una nación designa un embajador, jamás lo hace por elección popular. Ningún pueblo vota a un embajador. Ningún embajador llega a su puesto por campañas políticas, encuestas o simpatía pública. El embajador es escogido directamente por la máxima autoridad de la nación. Eso tiene una enorme enseñanza espiritual. Tú no llegaste al Reino porque una multitud te aprobó. No llegaste aquí porque fueras el mejor, el más fuerte o el más preparado. Llegaste aquí porque el Rey te escogió. Jesús dijo: ***No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros.***Eso significa que tu llamado no depende de la aceptación humana. Tu identidad no está determinada por la opinión de la gente. Tu posición espiritual no nace de títulos religiosos ni de reconocimientos terrenales. Fuiste designado por el Rey de reyes para representarlo en esta tierra. Y cuando el cielo te escoge, el infierno toma nota. Por eso el creyente debe entender quién es realmente. El problema de muchos hijos de Dios es que viven como mendigos espirituales cuando en realidad fueron enviados como representantes oficiales del Reino eterno. Un embajador no duda de su nombramiento. Un embajador conoce su posición. Sabe quién lo envió. Sabe a quién representa. Y sabe que detrás de él existe una nación respaldándolo. De la misma manera, detrás de cada verdadero creyente está el respaldo del Reino de los Cielos. Y todo eso nos lleva a una definición personal: **Somos ciudadanos del cielo** Leemos en Filipenses 3:20 que declara: ***Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo.*** Esto significa que aunque vivimos físicamente en la tierra, nuestra pertenencia espiritual es celestial. Nuestro origen verdadero está en Dios. Nuestro gobierno es celestial. Nuestra constitución es la Palabra. Nuestro Rey es Cristo. O sea: Estamos aquí, pero no pertenecemos aquí. Por eso muchas veces el creyente auténtico se siente extraño en este mundo. Porque sus valores son distintos. Su lenguaje es distinto. Sus principios son distintos. Sus prioridades son distintas. La sociedad actual celebra lo que Dios condena y desprecia lo que Dios honra. Y el embajador de Cristo no puede adaptarse a la corrupción moral de la tierra donde fue enviado. Debe permanecer fiel a la cultura del Reino que representa. Un embajador japonés en Argentina no deja de

representar a Japón porque viva temporalmente en otro país. Sigue defendiendo los intereses de su nación. Sigue respondiendo a las órdenes de su gobierno. Sigue siendo japonés, aunque esté lejos de su tierra. Así también nosotros. Vivimos en medio de una generación confundida, pero seguimos perteneciendo al Reino de Dios. Y nuestra misión no es mezclarnos con las tinieblas, sino representar la luz. Y eso nos lleva a algo sumamente valioso de conocer: **Un embajador no habla sus propias opiniones** Aquí aparece uno de los puntos más poderosos y más confrontativos de esta verdad. Un embajador jamás habla por cuenta propia. Cuando un periodista entrevista a un embajador y le pregunta: ***"¿Cuál es su opinión sobre este conflicto?"*** él responde: ***"No hablo en nombre personal. La posición de mi gobierno es…"*** Porque un embajador no fue enviado para expresar sentimientos privados. Fue enviado para transmitir oficialmente la postura de su nación. La Iglesia moderna tiene un enorme problema: demasiados creyentes opinan más de lo que representan. Vivimos en una época donde todos quieren expresar su criterio personal sobre cualquier tema. Pero el Reino de Dios no funciona sobre opiniones humanas. Funciona sobre la verdad eterna de la Palabra. Cuando el mundo pregunta: ***"¿Qué piensas sobre el pecado?"*** La respuesta del embajador no es: ***"Bueno… yo creo… yo siento… yo opino…"*** La respuesta es: ***"La posición de mi Rey es…"*** Cuando el mundo intenta redefinir la familia, el matrimonio, la moralidad, la santidad o la verdad, el embajador no negocia la constitución celestial para agradar a la cultura terrenal. Nosotros no representamos tendencias sociales. Representamos el Reino de Dios. Y eso exige valentía. Porque llegará el momento donde sostener la verdad bíblica traerá rechazo, burlas y persecución. Pero un embajador fiel no cambia el mensaje para evitar conflictos diplomáticos. Pablo dijo a Efesios 6:19-20: ***:...a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas."*** ¡Embajador en cadenas! Es decir: aunque preso, él seguía representando al Reino. Ni la cárcel pudo quitarle su identidad. Hoy muchos abandonan sus convicciones para evitar críticas. Pero el Reino de Dios nunca avanzó por medio de hombres cómodos. Avanzó mediante hombres y mujeres convencidos. Jamás te olvides de un detalle singular y clave: **Un embajador representa un país entero** Cuando tú conoces a un embajador, realmente estás teniendo contacto con la nación que él representa. Por eso el protocolo diplomático es tan estricto. Porque el honor no se dirige solamente al individuo, sino al país detrás de él. Eso le da un peso tremendo a nuestra conducta como creyentes. La gente conoce a Cristo a través de nosotros. Muchos jamás leerán una Biblia, pero leerán nuestras acciones. Muchos jamás entrarán a una iglesia, pero observarán nuestro comportamiento. Muchos jamás escucharán un sermón, pero escucharán nuestras palabras. Por eso el creyente no puede vivir de cualquier manera. Cada reacción nuestra habla del Reino. Cada actitud nuestra habla del Rey. Cada decisión nuestra revela a quién pertenecemos. Cuando un embajador actúa indignamente, el escándalo no afecta solamente a su persona. Mancha la imagen de toda la nación. De la misma manera, cuando un creyente vive en hipocresía, el nombre de Cristo es blasfemado entre los incrédulos. La santidad no es fanatismo religioso. La santidad es coherencia diplomática. No te olvides nunca que fue dicho con calidad de verdad absoluta que **Somos nación santa.** 1 Pedro 2:9 declara: ***Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios…*** ¡Nación santa! No simplemente individuos dispersos. Somos un pueblo celestial establecido en medio de la tierra ***para anunciar las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable***. La Iglesia no es un club religioso. La Iglesia es una colonia del cielo en la tierra. Cada congregación verdadera debería ser una embajada del Reino. Un lugar donde la cultura del cielo se manifieste. Un lugar donde reine la verdad. Un lugar donde opere la misericordia. Un lugar donde se exprese la justicia de Dios. Un lugar donde las personas puedan experimentar la presencia del Rey. Pero para que eso ocurra, los embajadores deben recordar quiénes son. Por eso es válido algo secularmente correcto como ejemplo: **El embajador vive sostenido por su gobierno** Hay algo extraordinario en el funcionamiento diplomático. Un embajador no vive abandonado a su suerte. El gobierno que lo envía se responsabiliza por él. Le provee vivienda, movilidad, recursos, seguridad y respaldo institucional. El embajador no tiene que sobrevivir solo. Y aquí hay una revelación gloriosa para el creyente: el Reino de Dios sostiene a quienes representan fielmente su causa. ¡Amén! ¡Doy fe! Jesús dijo: ***Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.***

El problema es que muchos quieren los beneficios del Reino sin asumir la responsabilidad del Reino. Quieren provisión celestial mientras viven desconectados del propósito celestial. Pero cuando un hombre o una mujer entienden verdaderamente su asignación espiritual y ponen el Reino en primer lugar, comienzan a experimentar el respaldo sobrenatural de Dios. El Padre cuida de sus embajadores. Eso no significa ausencia de pruebas. Pablo pasó hambre, persecución, cárceles y tribulaciones. Pero jamás fue abandonado. El Reino nunca deja solos a quienes lo representan con fidelidad. En muchos casos, a alguien podría parecerle que sí, pero en el final de la historia podrá ver que no. Otra alternativa valiosa: **Un embajador no pertenece al sistema donde habita** Un embajador vive dentro de una nación extranjera, pero no se somete culturalmente a ella. Y aquí hay una de las mayores batallas espirituales de nuestro tiempo: la presión de adaptación. El mundo quiere que el creyente se diluya. Que calle la verdad. Que relativice el pecado. Que negocie principios. Que reduzca el evangelio a un mensaje motivacional sin arrepentimiento ni cruz. Pero el embajador de Cristo no puede perder su identidad. La Iglesia no fue llamada a copiar al mundo. Fue llamada a confrontarlo con amor y verdad. Jesús dijo: ***Vosotros sois la luz del mundo***. La luz no negocia con las tinieblas. Las expone. Y eso implica costo. Habrá lugares donde no te comprenderán. Personas que te rechazarán. Ambientes donde serás incómodo. Porque un embajador del cielo jamás encajará completamente en un sistema gobernado por el pecado. De hecho, no es necesario que te recuerde que **El Reino tiene una constitución** Toda nación funciona sobre leyes. Todo gobierno tiene una constitución. Y el Reino de Dios también. Nuestra constitución es la Palabra de Dios. La Biblia no es un libro decorativo. No es un amuleto religioso. No es literatura inspiracional. Es el documento oficial del Reino. Allí están establecidos los principios del Rey. Las normas del Reino. La cultura celestial. La voluntad divina. Por eso el creyente que ignora la Palabra termina representando mal al Reino. Imagínate un embajador que desconoce completamente las leyes y decisiones de su nación. Sería un desastre diplomático. Muchos creyentes fracasan porque quieren representar a Cristo sin conocer profundamente las Escrituras. Pero el embajador auténtico estudia la constitución del Reino. La medita. La obedece. La defiende. Porque sabe que no tiene autoridad propia. Su autoridad proviene de la Palabra del Rey. Con todo esto en mano, no tengas dudas que **El cielo espera representación correcta** Dios no necesita celebridades religiosas. Necesita embajadores fieles. Hombres y mujeres cuyas vidas reflejen el carácter de Cristo. Embajadores que amen la verdad más que la aprobación humana. Embajadores que permanezcan firmes cuando otros retroceden. Embajadores que hablen con gracia, pero también con autoridad. Embajadores que no vendan el evangelio para ganar popularidad. El Reino de Dios no avanza mediante estrategias humanas solamente. Avanza cuando personas comunes se convierten en representantes extraordinarios de Cristo. La historia bíblica está llena de ellos. José representó al Reino en Egipto. Daniel representó al Reino en Babilonia. Ester representó al Reino en Persia. Pablo representó al Reino ante emperadores. Pedro representó al Reino frente al Sanedrín. Ninguno de ellos vivió tiempos fáciles. Pero todos entendieron que pertenecían a un gobierno superior. Esto nos lleva a tener muy en cuenta **El poder de la reconciliación.** 2 Corintios 5:20 contiene además una expresión conmovedora: ***...como si Dios rogase por medio de nosotros...***¡Qué responsabilidad tan inmensa! Dios rogando a través de labios humanos. El cielo llamando a reconciliación mediante embajadores terrenales. Cada vez que predicamos el evangelio, el Rey está extendiendo misericordia por medio de nosotros. No llevamos un mensaje político. No llevamos filosofía humana. No llevamos entretenimiento religioso. Llevamos un mensaje de reconciliación. El hombre está separado de Dios por el pecado. Pero Cristo abrió el camino mediante la cruz. Y ahora los embajadores anuncian: “Reconciliaos con Dios.” Ese es el centro de nuestra misión. No estamos aquí simplemente para prosperar económicamente, construir carreras o alcanzar metas personales. Todo eso puede existir, pero nunca debe reemplazar el propósito principal. Nuestra tarea es representar a Cristo y anunciar salvación. De allí que debemos ser conscientes que **El ataque contra un embajador es un ataque contra el Reino** En el ámbito diplomático, atacar a un embajador constituye un incidente gravísimo. Porque el ataque no se interpreta solamente como agresión personal, sino como una ofensa contra la nación representada. Jesús enseñó algo profundamente relacionado con esto cuando habló acerca de sus pequeños. El cielo toma seriamente el trato hacia sus

hijos. Porque quienes pertenecen a Cristo cargan su nombre. Esto también debería transformar la manera en que nos tratamos entre creyentes. La Iglesia ha perdido muchas veces el sentido del honor espiritual. Hay demasiado desprecio. Demasiada crítica destructiva. Demasiada división innecesaria. Pero cuando comprendemos que delante nuestro hay otro embajador del Reino, cambia la manera de hablar, de actuar y de relacionarnos. No estamos tratando simplemente con personas. Estamos tratando con representantes del Rey. En los protocolos diplomáticos, a los embajadores se los llama "excelencia". No porque sean perfectos, sino porque representan oficialmente la dignidad de una nación. Qué impresionante sería si la Iglesia recuperara la honra mutua. No una honra basada en títulos humanos, posiciones económicas o apariencias externas, sino basada en la identidad espiritual. El ujier que sirve en silencio es embajador. La anciana que ora en secreto es embajadora. El joven que resiste la corrupción en su escuela es embajador. La madre que educa a sus hijos en temor de Dios es embajadora. El obrero que trabaja con integridad representa al Reino. El empresario que rechaza la corrupción representa al Reino. El cielo no mide grandeza como el mundo. Las mide desde la resistencia y la integridad de su gente. Esto te deja muy en claro que **El Reino necesita embajadores valientes.** Ya sabes lo que Dios piensa y ejecuta con los cobardes. Estamos viviendo tiempos donde la presión cultural es enorme. Se intenta silenciar la fe. Ridiculizar la santidad. Relativizar la verdad. Normalizar el pecado. Destruir la familia. Eliminar la identidad espiritual. Y precisamente en medio de esta generación, Dios sigue buscando embajadores. No personas perfectas, sino personas rendidas. No personas famosas, sino personas fieles. No personas sin luchas, sino personas comprometidas con la verdad. Porque el Reino todavía tiene un mensaje para esta tierra. Cristo todavía salva. Cristo todavía sana. Cristo todavía transforma. Cristo todavía libera. Cristo todavía reina. Y mientras esperamos su regreso glorioso, nuestra tarea sigue siendo representar dignamente al Reino de los Cielos. Por todo esto que ha sido expuesto, hay algo que es innegociable que debemos respetar: **No podemos avergonzarnos del Reino.** Pablo declaró: ***No me avergüenzo del evangelio***. Esa debe ser también nuestra postura. El embajador jamás se avergüenza de su nación. Puede vivir rodeado de otra cultura, pero jamás niega su procedencia. Nosotros tampoco debemos avergonzarnos de Cristo. No debemos ocultar nuestra fe para ser aceptados. No debemos adaptar el evangelio para evitar rechazo. No debemos reducir el mensaje de la cruz para agradar multitudes. El Reino de Dios no necesita maquillaje humano. La verdad sigue teniendo poder. Creo que quedan muy pocos cristianos en ignorancia que no sepan que **La tierra no es nuestro destino final.** Un embajador sabe que está temporalmente en territorio extranjero. Su corazón siempre recuerda su patria. Y el creyente también vive con esa esperanza. Esperamos el regreso del Rey. Esperamos el establecimiento pleno del Reino. Esperamos cielos nuevos y tierra nueva. Nuestra ciudadanía definitiva está en el cielo. Eso nos ayuda a no aferrarnos desesperadamente a lo terrenal. Las riquezas pasan. La fama pasa. El poder humano pasa. Los sistemas políticos pasan. Pero el Reino de Dios permanece para siempre. Y como en todo proceso complejo pero factible, existe **El llamado final.** Hoy el Espíritu Santo sigue preguntando: ¿Quién representará dignamente al Reino? ¿Quién hablará cuando otros callan? ¿Quién permanecerá firme cuando aumente la presión? ¿Quién defenderá la verdad con amor y autoridad? ¿Quién vivirá en santidad en medio de una generación corrompida? ¿Quién llevará el mensaje de reconciliación? Porque el cielo todavía busca embajadores. Y tú no estás leyendo esto por casualidad. Fuiste escogido. Fuiste llamado. Fuiste enviado. No eres simplemente un asistente religioso. No eres solamente miembro de una congregación. No eres un espectador espiritual. Eres embajador del Reino de los Cielos. Representas al Rey de gloria. Representas el nombre más alto. Representas el Reino eterno. Por eso levántate con dignidad espiritual. Habla con autoridad celestial. Camina con integridad. Ama con misericordia. Predica con valentía. Sirve con humildad. Permanece fiel. Porque llegará el día donde el Rey regresará y pedirá cuentas a sus embajadores. Y qué glorioso será escuchar: "***Bien, buen siervo y fiel."*** Hasta entonces, sigamos representando al Reino de los Cielos con honor, con verdad y con pasión ardiente por Cristo. Porque somos embajadores en nombre de Cristo. Amén.

Posted in:Crecimiento | | With 0 comments